

pasará a ser posesión  
 de aquél a quien enamora:  
 Dado que hubo rebeldía,  
 agresión, alevosía,  
 item más, ensañamiento,  
 pues hizo con mi tormento  
 juguete de su alegría:  
 Siendo el delito, en cuestión,  
 crimen que clama sanción,  
 pues con lo expuesto se aclara  
 que hubo un matador: su cara:  
 y un muerto: mi corazón.  
 Comprobado, en demasia,  
 y es lo que en justicia imploro  
 como fin de mi agonía,  
 que, pues es bella y la adoro,  
 no puede ser sino mía.  
 Y sabido, en conclusión,  
 que si es eterna mi espera  
 será eterna mi aflicción,  
 ¡Señora, por compasión:  
 ordenadla que me quiera!  
 Y porque en todo momento  
 tal ejemplo de equidad


sea de ingratas escarmiento,  
 y a mí me traiga el contento  
 y a Vos la tranquilidad,  
 iprendedla sin dilación  
 y mandadla sin tardanza  
 a mi encantada región,  
 ciudad, la de la Ilusión,  
 calle, la de la Esperanza,  
 donde torno nuevamente  
 a seguir plácidamente  
 mis vuelos de soñador,  
 del bulevar a la fuente  
 y de la estrella a la flor.  
 Atendedme en lo que os pido:  
 pues fuera un contrasentido  
 que tuvierais, Majestad,  
 al que aflige, en libertad,  
 y en prisión al afligido,  
 Y la que vil y homicida  
 me hizo el corazón pedazos,  
 pague la pena debida:  
 iprisión por toda su vida  
 en la cárcel de mis brazos!

VICENTE NERIA.



## LA OTRA CONCIENCIA

Por AUGUSTO OLIVER MARCOS


**C**ERNESTO salió de aquella casa aplanado, En el umbral aspiró hondo el aire de la calle. Lo necesitaba, era también como un suspiro. Había visto tanta desgracia allá dentro y tan inesperada, que su respiración se entrecortó. Volvió a respirar con fuerza. Ahora la calle plena de vida e indiferencia. Se había puesto el sol, pero en estas tardes de finales de primavera, aún se veía, gracias a la luz del crepúsculo, Brillaban las acacias verdes y olía bien a no se qué, como a campo cercano, a vida. Los chiquillos jugaban alborozados y empezaban a aparecer parejas de novios por todas partes. Toda la gente parecía feliz. Ernesto volvió la cabeza: vió la casa donde vivía su amigo, la casa que acababa de abandonar. Pensó con amargura que era imposible adivinar desde allí el drama que se desarrollaba tras aquellas paredes. El mismo Ernesto acababa de comprenderlo ahora, porque hace unos meses aún se resistía a todas las conjeturas:

—Lo de Luis es un cáncer.

Lo habían dicho los amigos en un susurro, pero Ernesto acogió el diagnóstico con escepticismo. Luis era un gigantón lleno de vida. Ni cáncer de pulmón, ni nada: tenía algunas molestias, que cesarían tan pronto como dejase de pensar en ellas.

Pero los rumores precisaban tétricos:

—Es un cáncer..., le quedan tres meses de vida.

Ernesto apreciaba a Luis, era buen chico y hacía tiempo que se conocían. Desde los remotos años del Bachillerato, cuando le pasaba en los exámenes las traducciones del dichoso latín, para Ernesto tan embrollado y confuso. Le apreciaba, eran muchos años unidos, haciéndose pequeños favores y por esto fué a visitarle.

La misma mujer de Luis, Matilde, le recibió en la puerta. Luis se había casado hacía poco más de un año, en seguida que su bufete había dado lo suficiente para fundar un hogar. Llevaban de relaciones varios años, la quería y para qué esperar más. Formaban una pareja feliz: ella hermosa, femenina, agradable: él, triunfando en su carrera y encima les había nacido un niño, que traía locos a los dos.

Matilde presentaba ahora un deplorable estado. Llevaba los párpados húmedos, escocidos por un llanto suave, pero continuo y toda su persona daba la sensación de hundimiento próximo, de abandono fatalista. Le recibió con desgana y condujo al cuarto del enfermo. Allí,

en la cama, estaba Luis abstraído. mirando al techo. Ernesto se detuvo fijo en él, impresionado, viendo los estragos que la enfermedad había hecho en poco tiempo. Parecía que la cabeza había triplicado su volumen, sin embargo, la cara aparecía descarnada, terrosa y los ojos adentrándose en las cuencas oscuras cercados por las ojeras. Su tórax se parecía al de un adolescente, plano y consumido y sus miembros secos y largos con su flácida piel remedaban ángulos rectos tan perfectamente exactos, que asustaban por su rigidez paralítica.

Era violento seguir allí, mirando aquella ruína, sin prodigar palabras de consuelo: para qué, la muerte le arrastraba, la llevaba triunfal en su cara de pobre esqueleto con vida... Ahora comprendía el dolor y el llanto de Matilde y su desgarrada postura, también temblaba por el hijo inocente, durmiendo en su cuna, ausente de todo. Era dura la vida e implacable, sus amigos no se merecían este trato. El los sabía buenos, sencillos y jóvenes. Ernesto, impotente, clamaba en su interior contra el destino ilógico y cruel. No blasfemaba, él era buen católico y a su mente acudían las palabras de Santa Teresa: «Es hartó daño no creer que Dios es poderoso, para hacer obras que no entienden nuestros entendimientos»... Pero era triste ver a sus amigos en este trance. Ernesto deseaba con vehemencia un alto poder, una fuerza misteriosa, que lo equiparase a los dioses para hacer y deshacer a su antojo, ¡si él pudiera! Si fuese todopoderoso haría justicia y sus amigos, sus buenos amigos, no sufrirían. Con un solo acto de su conciencia desaparecería la enfermedad de Luis, las lágrimas de Matilde y la siniestra sombra del hogar. Era sincero, porque quería al amigo y hubiera ofrecido, hasta su vida, por salvar la de Luis, deshauciado. La gente, a su lado, indiferente a todo. De buena gana hubiese gritado con rabia, con rencor, a trueque de creerle loco. Le hastiaban las acacias, verdes y rozagantes, los niños, que jugaban despreocupados, los novios felices, ¡todo! No era justo que mientras se consumía un hombre a pocos pasos hubiese tanta vida alegre y despreocupada. También —discurría— las desgracias debieran dosificarse, repartirse entre todos, para que nadie riese, mientras otros lloraban... Iba rabioso, de buena gana quemaría las acacias exuberantes, separaría a los novios e impediría jugar a los niños...

Pero no; él no era nadie, ni curaría a su amigo, ni realizaría sus locos pensamientos..., desvariaba, era joven y los pocos años aceleraban su impulsividad. El amigo se moría y la muerte de un joven aterroriza a los demás. Eso era todo: la Muerte inesperada.

\* \* \*

Pasaron los años..., quince..., veinte... La Fortuna se portó bien con Ernesto. Sin ser en demasía inteligente supo alzarse muchos palmos por encima de los hombres vulgares. Un día, el empujoncito del amigo influyente; otro, la oportunidad agarrada al instante. Fué todo sencillo, maravilloso, tan natural, como la lluvia que cae del cielo o las flores que fructifican porque sí. Así se hizo imprescindible y triunfó casi sin darse cuenta, sin trabajo, sin proponérselo apenas.

En su amplio despacho de gran personaje es un dioscecillo, fabulo-

so. Teje y desteje, derriba a éste y encumbra al otro. Disfruta mandando y nunca se sentirá saturado de poder.

—¿Se puede pasar, don Ernesto?

El ordenanza, uniformado, mezquino y adulón, ha hecho la pregunta:

—¡Hum!—gruñe don Ernesto.

El ordenanza sabe interpretar el bufido, sigue con la sonrisa obsequioso:

—¡Ahí está una mujer que quiere hablarle!

Don Ernesto sabe ya que la mujer será humilde, de lo contrario el galopin de los galones habría dicho «señora».

—Qué quiere...?— sigue importante Don Ernesto.

—No lo ha dicho— el ordenanza se dobla lacayuno,— Pero afirma que le conoce a Ud. mucho.

Sólo por curiosidad la hace pasar. Es una mujer madura envejecida prematuramente. Triste y humilde. En sus ojos llorosos brilla la bondad del que ha sufrido mucho. Don Ernesto la mira desdeñoso presintiendo el *sablazo*.

—¡Ud. dirá—le espeta secamente.

La mujer mira a su alrededor, a los muebles lujosos, al hombre poderoso que tiene ante ella. Moja sus labios, parece que pasa una eternidad, al fin se decide.

—Quizá no me recuerde, han pasado tantos años y tantas cosas que no creo me... soy Matilde, la mujer, la viuda de su amigo Luis...

—¡Ya, Matilde, claro... siéntese por favor...!

Matilde da las gracias enternecida, sólo el frío tratamiento del *usted* la cohibe un poco. Y habla... habla la pobre al amigo íntimo del que fué su marido. Su hijo es ya un hombre, casi con veinte años y va a hacer unas oposiciones. Ella no conoce a nadie y todo el mundo sabe lo que son las oposiciones; pocas plazas y un sin fin de solicitantes. El muchacho es modoso y aplicado, el pobre... pero una ayuda no le vendría mal al chico. Ella, una mujer sola sin conocimientos se había acordado de él; como era tan amigo de Luis... tan amigo...

A don Ernesto le fastidia la escenita. Es un hombre duro, nada sentimental y le cargan los lacimeos. Es un carácter. Pero mandarla a paseo sin más ni más le parece contrario a su buena crianza. Piensa que por lo menos habrá que «hacer algo». Toma su pluma y pregunta amable:

—¿Cómo se llama su chico?

Matilde lanza el nombre. Ernesto lo garabatea en un papel. La madre tiene los ojos llenos de lágrimas por el entusiasmo. Después oye jubilosa:

—¡Descuide, que haré todo lo que pueda!

Se levanta dando por terminada la audiencia, en un gesto de magnanimidad le tiende su mano poderosa.

—No se preocupe... todo saldrá bien...

La habitación se llena de gracias sinceras. Luego Matilde desaparece tras la puerta.

Todo sofocado don Ernesto se tumba en el sillón. La dichosa entrevista le ha desasosegado. Esta mujer con su historia le ha llenado de tristes recuerdos. Con él nadie tiene caridad, todos a molestarles. Ahora la horrible muerte de aquel amigo canceroso... bueno, amigo... amigo hasta cierto punto... conocidos del Bachillerato; nada al fin al cabo... intimaron algo, si... pero todo pasó... todas las cosas suceden, pasan y se olvidan. Luis murió y él, don Ernesto siguió su camino. En conciencia no se podía hablar de amistad, de verdadera y noble amistad. Y ahora esta mujeruca con sus títulos viejos... El le dió su mano, su importante mano de poderoso, era bastante. Piensa convencido que la gente humilde cada vez se va haciendo más audaz, más exigente. Ahora que él... hace una pelota con la cuartilla donde escribió el nombre del opositor, juega unos segundos con ella y la arroja al cesto de los papeles.

Luego enciende un puro, un soberbio y aromático puro de los que tirán bien. El humo se esparce por las alturas formando tenues estelas, don Ernesto las mira satisfecho; son creaci6n suya. Se rie, por fin parece, que el hombre. se siente ya mejor.



## PAGINAS ANTOLOGICAS

**A UN OLMO SECO**

Al olmo viejo, hendido por el rayo  
y en su mitad podrido,  
con las lluvias de abril y el sol de mayo,  
algunas hojas verdes le han salido.

¡El olmo centenario en la colina  
que lame el Duero! Un musgo amarillento  
le mancha la corteza blanquecina  
al tronco carcomido y polvoriento.

No será, cual los álamos cantores  
que guardan el camino y la ribera,  
habitado de pardos ruiseñores.

Ejército de hormigas en hilera  
va trepando por él, y en sus entrañas  
urden sus telas grises las arañas.

Antes que te derribe, olmo del Duero,  
con su hacha el leñador, y el carpintero  
te convierta en melena de campana,  
lanza de carro o yugo de carreta;  
antes que rojo en el hogar, mañana  
ardas, de alguna misera caseta  
al borde de un camino;  
antes que te descuaje un torbellino  
y tronche el soplo de las sierras blancas;  
antes que el río hacia la mar te empuje  
por valles y barrancas,  
olmo, quiero anotar en mi cartera  
la gracia de tu rama verdecida.  
Mi corazón espera  
también, hacia la luz y hacia la vida,  
otro milagro de la primavera

ANTONIO MACHADO